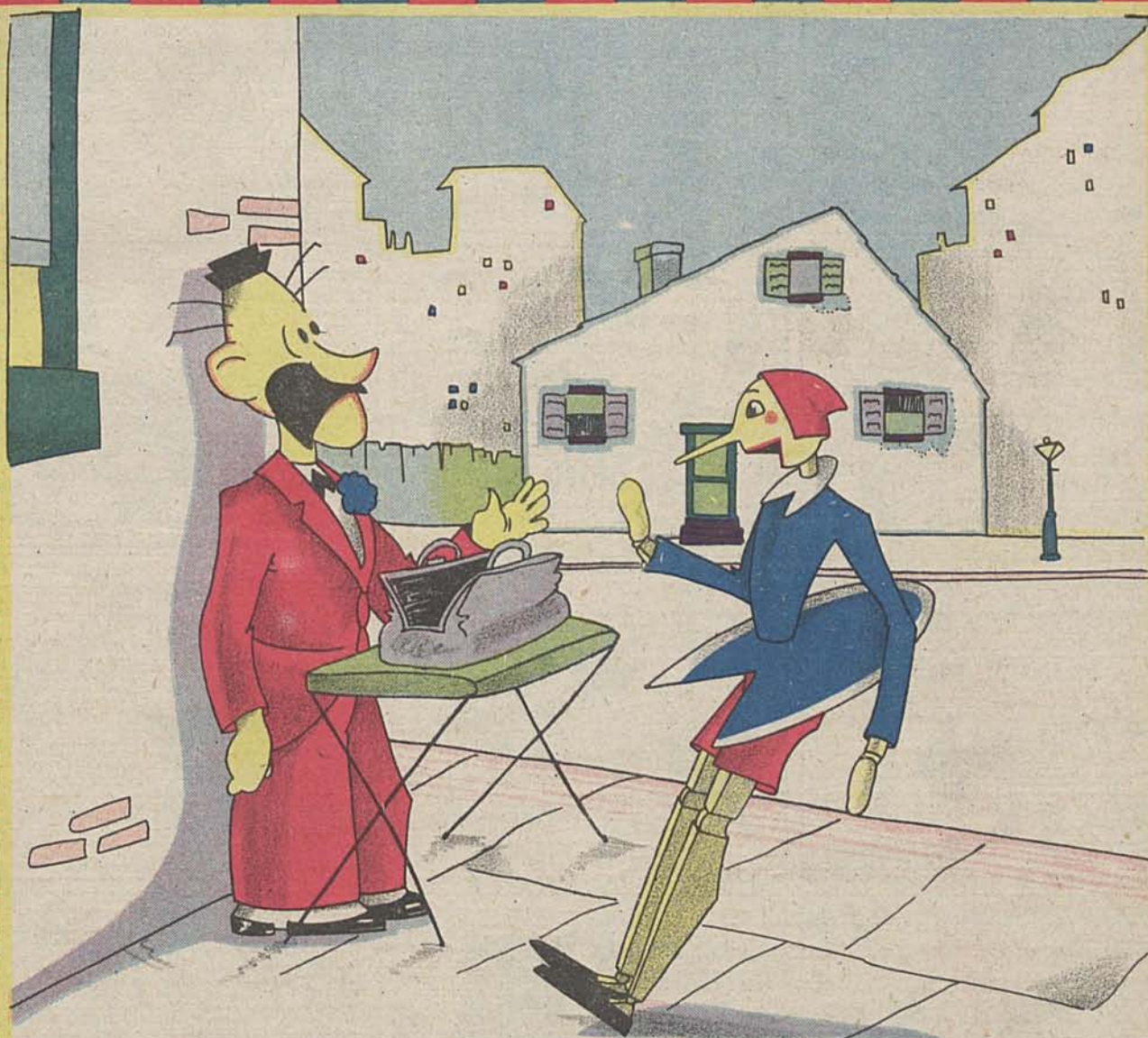


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 262

25 cts

23 FEBRERO
1930



- ¡YA VES, PINOCHO, ME HABÍA METIDO A CHINO DE ESOS DE LOS COLLARES PERO ME HAN QUITADO LAS MERCANCÍAS Y NO ME HAN PAGADO!
- ¡PUES LE HAN ENGAÑADO COMO A UN CHINO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR L. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

de haberse redimido llevando a cabo un acto de justicia. Yo mismo le

ayudaré, si usted quiere, a ponerse en salvo; y le juro que no he de revelar a alma viviente el lugar donde se haya escondido. ¿O es que le falta a usted valor hasta para hacer eso?

»Larouchy me asió la mano con las dos suyas trémulas de fiebre, y con sollozos convulsivos en la voz, con ojos que lloraban y suplicaban, dijo:

»—Sí, sí; soy el más vil, el más abyecto de los hombres; tan abyecto y tan vil que ni siquiera sé encontrar valor para quitarme yo mismo esta vida miserable e inútil. Pero ¡se lo ruego, se lo suplico, no me hable usted así, no me haga más daño, tenga piedad de mi remordimiento estéril, de mi dolor de réprobo! Sí, le creo a usted no he dudado ni por un momento de que usted fuera realmente el amigo del hijo de D'Alimand; y le daré a usted todo lo que mi deber me impone que le entregue. Pero comprendame, y perdóreme. Necesito poder morir aquí, entre estas gentes mías que amo y que me aman y me estiman como a un bienhechor y como a un padre; necesito sentirme circundado aun por este efecto que mi labor de largos años ha creado y fomentado en torno mío: necesito poderme sentir vivo, aun después de mi muerte, en la memoria y en el corazón de estos hombres sencillos e ingenuos, buenos con una bondad humilde y constante que no he conocido nunca ni siquiera entre la gente pobre de nuestros países... ¡Tenga usted compasión! ¡Sea usted generoso...! Concédame esta última tregua...

»Me sentí vencido por aquella pena que no

encontraba ni paz ni consuelo, por la sinceridad viva y lacerante de las lágrimas que acompañaban a aquellas palabras; me arrepentí de haberle hablado con tanta dureza.

»—¡Pues bien, sea!—concedí—. Haremos lo que usted quiere: aguardaremos que llegue Hodgsonfield. Pero prométame que después sabrá usted ser fuerte, que no pretenderá nuevas prórrogas...

»—¡Se lo prometo! ¡Se lo juro por la memoria de mis pobres desaparecidos!—afirmó el desdichado, volviéndose un poco hacia la fotografía que estaba a sus espaldas y alzando la diestra mano que tremoló unos momentos ante su faz arrasada por el remordimiento asiduo y el mal inexorable.

»Tras de lo cual se dejó caer sin fuerzas en la poltrona, respirando anhelosamente, entornando los párpados, doblando la cabeza sobre un hombro como si ya no pudiera sostener su pesadumbre. Cuando entre el enfermero y yo le transportamos a su alcoba, la Bondad Celeste del exteniente Larouchy no era ya más que un pesado fardo de carne miserable en que la vida latía tan débilmente que dejaba temer estuviera ya a punto de callarse para siempre.

»¿Podrá durar hasta que llegue Hodgsonfield?»

«28 de noviembre.

»Aunque sufría bastante y la fiebre continuaba siendo alta, Kien-tsing quiso esta mañana que entrase yo en su cuarto. El pobre hombre estaba acostado y hablaba con una voz que era un soplo.

»Me presentó a un joven chino de ojos claros y vivos que ya se encontraba junto a él, y me pidió le facilitara al mensajero todas las instrucciones que habrían de servirle para dar con Hodgsonfield en Calcuta.

»El joven marchará hoy mismo con cuatro servidores, y será escoltado hasta la frontera por una compañía de treinta soldados de caballería puestos a la disposición de Kien-tsing por la cortesía de los oficiales; llegado a Bamo, en Birmania, por el ferrocarril seguirá hasta Calcuta. Su amo le ha provisto de dinero y de una recomendación para su amigo y banquero Nurah-Kandiber, de Calcuta, para cualquier otra cosa que pudiera necesitar.

»Yo he preparado una larga carta explicativa para Hodgsonfield y otro tanto quisiera hacer para usted; pero como el tiempo me falta en absoluto, le expido directamente mi libro de apuntes que el emisario de Kien-tsing encomendará al correo no bien llegue a Calcuta.

»Mis expresivos saludos a usted, ilustre abogado Galiani, y a sus amigos que son los míos, con la esperanza de que la fortuna me permita pronto, en persona, estrecharle cordialmente la mano

JUAN MANDIGUET.»

XI

Las peripecias de una caja de caudales

No se pudo leer a Enrique el diario de Mandiguet, por haber tenido aquél que salir de improviso al día siguiente para Constantinopla y haberle impedido un inoportuno contratiempo avistarse conmigo y con Galiani para despedirse.

En el transcurso de aquel mes nos llegaron otras comunicaciones importantes. De Buenos Aires recibimos al fin una carta de Sobrado, el cual se mostraba contrariadísimo de que su carta anterior se hubiera perdido, y nos repetía lo que en aquella habíamos contado prolijamente. Sus investigaciones en el Uruguay y el Panamá habían resultado infructuosas; pero la ocasión había proporcionado un dato que hubiera podido sernos antes verdaderamente precioso. Habíale dicho un amigo suyo que se hallaba en relaciones comerciales con un fran-

cés residente cerca de Cing-tu, en la China, conocido en el país con el nombre indígena de Kien-tsing. Con éste, había también el amigo hecho un contrato para la importación directa de la seda en capullo. La nacionalidad del comerciante y la región en que habitaba, inducían a Sobrado a aconsejarnos que dirigiésemos sin demora nuestras rebuscas hacia aquella parte del Celeste Imperio. Esa noticia, que hubiera sido de decisiva importancia a habernos llegado cuando el telegrama de Sobrado nos la anunciaba, era ya enteramente inútil.

También Crooswelt nos escribió una extensa carta informándonos de que el presunto heredero de Firewell había sido preso. Las resultas de la instrucción habían demostrado sin género de duda que el detenido nada tenía que ver con el que nosotros buscábamos. Era un tal Bockill, un malhechor vulgar que había matado al hermano de Firewell para suplantarle en el traspaso de la herencia. Croswelt manifestábase contento por lo tanto, de que el encargo que le confiáramos hubiérase dado ocasión de descubrir semejante delito y de iniciar allí su labor con tan clamoroso éxito periodístico, por el que se había conquistado los elogios y las simpatías de los accionistas del *Australian Trade*.

Hacia mediados del mes siguiente llegó otra carta de China

El 18 de febrero estaba yo en Montecarlo con motivo de los tradicionales concursos de tiro de pichón en que tomaban parte aquel año testas coronadas y algunos príncipes y archiduques de sangre real. Al salir por la noche del *Hotel de París* para trasladarme al teatro donde se representaba esa obra maestra del arte modernísimo de Debussy llamada *Peleas y Melisenda*, recogí en el vestíbulo mi último correo, como siempre bastante copioso. De entre las numerosas cartas y los periódicos, entresaqué el pliego que el abogado Galiani me enviaba cada noche desde París con el resumen circunstanciado de la jornada y los recortes de prensa, y lo abrí antes de poner el pie en la calle, a la luz de una de las

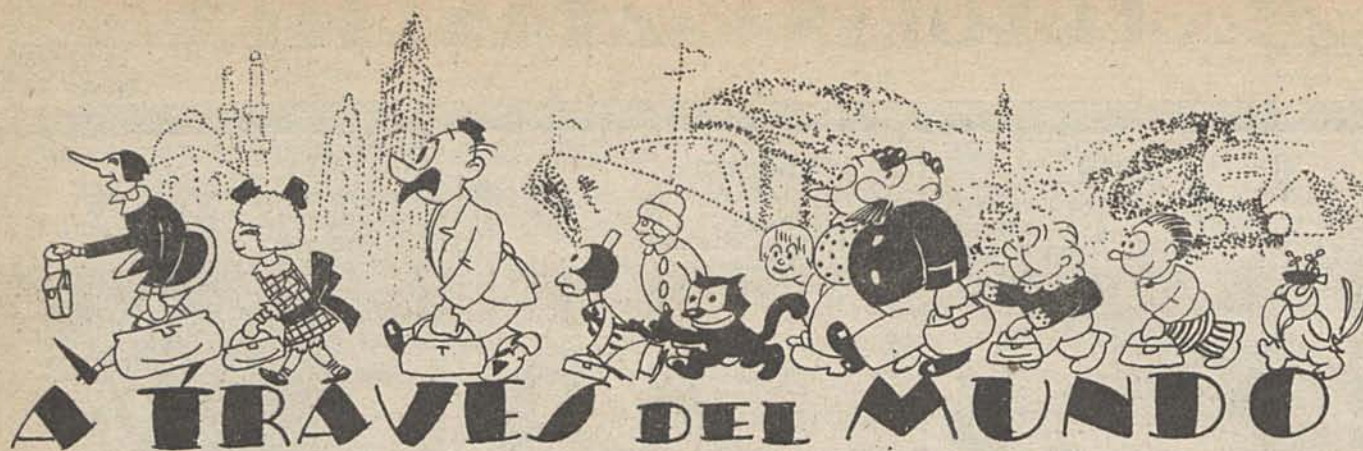
(Continuará en el número próximo).



COLORÍN y su PANDILLA



Reg. U.S. Pat. & Copyright, 1935, by The Chicago Tribune



CÓMO SE CAZAN VIVOS A LOS COCODRILOS

SEGURAMENTE que todos los pinochistas al leer este título se dirán. «Por medio de redes o de trampas en las que entran estos animales y ya no pueden salir.» Pero no es esta la caza que los expedicionarios de la familia pinochista han presenciado en uno de los ríos de la América Central.

Ellos han visto allí episodios emocionantísimos relacionados con la caza de estos temibles saurios, caza efectuada por indígenas desnudos, excelentes nadadores, y sin arma alguna para defenderse, con una audacia que sobrepasa los límites de la temeridad.

Son verdaderos héroes desconocidos los que así arriesgan su vida a cambio de la plata que pueda valerles la caza de ejemplares con destino a las casas de fieras, a los circos y a los museos.

Veamos lo que nos refiere Pinocho en unas páginas del cuaderno donde registra sus impresiones en su emocionante viaje a través del mundo.

Estamos, dice Pinocho, en la orilla de un río que separa la República del Panamá de la de Costa Rica. Este río comunica con una laguna salobre en la que abundan extraordinariamente los grandes saurios.

Hemos venido a su orilla invitados por un amable compatriota que tiene gran interés en que presenciemos el espeluznante espectáculo de cazar vivos a los cocodrilos.

Sobre la superficie del río hay bastantes embarcaciones, consistentes en simples balsas hechas con troncos de árbol y que avanzan o retroceden a impulsos de la pértiga que maneja uno de los negros que van sobre la balsa.

Cada una de estas balsas solo lleva dos indígenas. Uno, el encargado de la pértiga, y el otro, que observa con gran atención el fondo del río. Este observador es el valiente

que ha de dar caza a los saurios. En su mano derecha lleva un palitroque de madera dura, cuyas dos puntas terminan en forma de flecha, muy afiladas. Al centro del palitroque va atado un fuerte hilo metálico de longitud suficiente para llegar con él hasta el fondo del río y dejar el extremo libre atado a una estaca que sobresale en uno de los ángulos de la balsa.

De pronto veo que uno de los indígenas que lleva el palitroque misterioso se zambulle de cabeza en el agua.

Pasan unos segundos; muy pocos. El indígena vuelve a salir a la superficie sin el palitroque, se encarama en la balsa y da palmadas y saltos de alegría.

Nuestro compatriota nos dice—. Ya ha caído un cocodrilo. Ahora mismo váis a verlo vivo sobre la balsa.

Nosotros nos miramos unos a otros, con caras de asombro.

Nuestra incredulidad necesita borrarse viendo al cocodrilo. Entre tanto no lo veamos no lo creemos.

¿Cómo es posible que con un simple palitroque se pueda dar caza a un animal que tiene unas mandíbulas tan terribles?

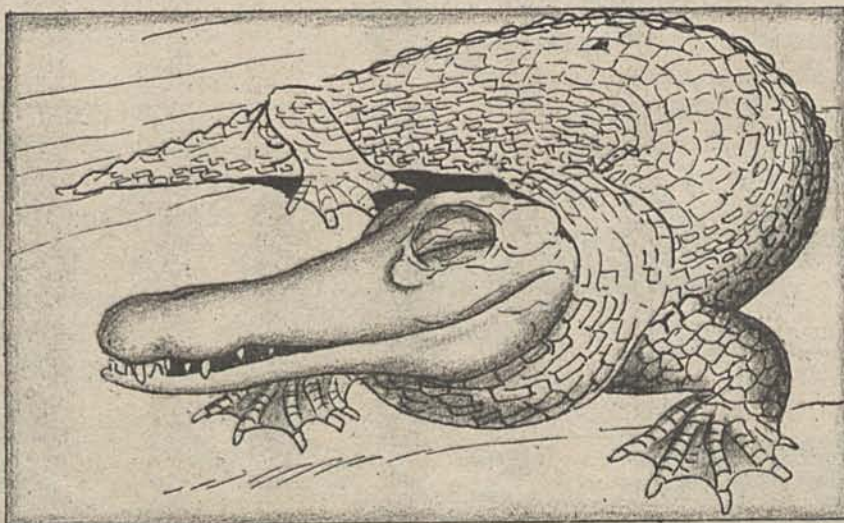
Don Turulato se sonríe por debajo del bigote y dice que él se peina ya cuatro canas (los únicos cuatro pelos que brotan de su cabeza) para que así, tan inocentemente, le tomen el cabello.

El Capitán Corretón no les quita ojo o Tin y Ton que están haciéndole señas a un cocodrilo para que le dé un susto al inspector.

Tecla está entretenida en pelar castañas para hacerle una compota a los nenes.

Curriche se encuentra como el pez en el agua entre tanto indígena de su propio color—. Ya es hora—dice—que no parezca yo una mosca en un plato de arroz con leche. Ahora sois vosotros, los blancos, los que parecéis arroz en un plato de moscas.

Pero Chonón, Anita, e buho, Pirula y yo, estamos con nuestros cinco sentidos puestos en lo que ocurre en el río.





Vemos que los indígenas de otras balsas se zambullen también de cabeza en el río.

Los de la balsa primera tiran con fuerza del cable metálico que va unido al palitroque y cual no será nuestra estupefacción al ver que al final del cable, donde nosotros creíamos que solo habría un palitroque o algún artefacto enganchado en el fondo, aparece prendido un cocodrilo de unos tres metros de largo que obedece al impulso del cable y deja que lo suban a la balsa sin ofrecer la menor resistencia.

Tan pronto el cocodrilo está en seco el indígena que le ha dado caza le sujeta las mandíbulas con una fuerte cuerda.

Haré constar que el cocodrilo salió del agua con la boca cerrada y así permaneció mientras se la sujetaban con la cuerda.

La balsa entonces se acercó a la orilla donde nosotros estábamos y Corretón, el Inspector, Colorín, Don Turu, Tecla y Currinche echaron a correr como almas que lleva el diablo.

Los demás, los más valientes, ¿por qué no hemos de decirlo? nos quedamos junto a la fiera recién cazada.

La cola del cocodrilo se agitaba violentamente a derecha e izquierda, dando fuertes sacudidas y las dos patas delanteras se las llevaba sin cesar a la boca como queriendo arrancarse algo que le causase gran dolor.

Así era, en efecto, el misterioso e insignificante palitroque le atravesaba las dos mandíbulas de arriba a abajo y sus puntas ensangrentadas sobresalían de forma que al infeliz saurio le era imposible abrir la boca porque los ganchos en forma de arpón se lo impedían.

—¿Por qué no le quitan ese palo que tanto dolor le está causando?—preguntó Anita.

—Ahora se lo quitarán—dijo nuestro amigo y compatriota—. Pero primero hay que atar bien al cocodrilo, porque si se le librase del dolor estando suelto, correrían grave riesgo los indígenas y todos los que estamos por aquí.

Los dos negros de la balsa se daban gran arte en aprisionar al cocodrilo entre fuertes tirantes de recias cuerdas.

Terminada esta operación e inutilizado al saurio para todo movimiento, uno de los indígenas sacó un cuchillo, cortó una de las puntas arponadas del palitroque tiró del otro extremo y el pequeño palito salió entero dejando de atormentar las mandíbulas del animal.

—¿Cómo se explica todo esto?—inquirió Chonón.

Es muy fácil—contestó nuestro amigo—. Claro que para llegar a esta facilidad hay que arriesgar muchas veces la vida hasta que se adquiere la necesaria destreza.

Los indígenas—siguió diciendo—observan, según habéis visto, el fondo del río desde la balsa. Ellos conocen perfectamente este fondo, y saben donde acostumbran los saurios a guarecerse. Cuando descubren con su penetrante mirada un pozo o un escondrijo donde ven oculto un cocodrilo, se zambullen rápidamente en el agua y se dirigen como una flecha al cocodrilo, hostigándole con las agudas puntas del palitroque.

El cocodrilo, al sentirse acosado abre sus formidables mandíbulas para atacar, enseña sus espeluznantes filas de dientes, los oscuros arcos de sus fauces, y es en este emocionante momento, cuando el indígena, con una serenidad, una sangre fría y una seguridad en el

movimiento a prueba de todos los peligros, ha de alargar su brazo e introducirlo en la mismísima boca del cocodrilo.

El animal cierra la boca para hacer presa, pero en el puño cerrado de la mano del indígena va sujeto el palitroque cuyas dos puntas se clavan en el paladar y en la lengua traspasando todos los tejidos y dejando al cocodrilo inhabilitado para abrir de nuevo la boca.

—¿Y no muerde el brazo del indígena?—pregunté yo con la natural curiosidad.

—La gran habilidad del indígena consiste en retirar el brazo a tiempo, para lo cual se necesita gran destreza y tacto. No escasean los desgraciados casos de indígenas poco expertos que retardan el movimiento y se quedan aprisionados entre las terribles mandíbulas del saurio.

—¿Y les cuesta la vida?—inquirió Anita.

—Tanto como eso, no, porque el indígena que queda en la balsa al darse cuenta del accidente, tira con rapidez del cable y una vez fuera del agua libra a su semejante del cepo en que ha caído. Pero ya podéis comprender que las heridas recibidas por semejante mordisco son siempre una cosa muy seria.

—¿Y no hay otra manera de coger vivos a los cocodrilos?—preguntó Chonón.

—Qué duda cabe que la hay. Pero no tiene el emocionante interés que esta que habéis presenciado. Se utilizan también lazos, redes, trampas, etc., pero es tan corriente ese sistema, y tan desprovisto de peligros que no vale la pena de preocuparse por verlo.

Y en esto termina la impresión recogida por Pinocho en las páginas de su cuaderno. ¿No os parece que es un espectáculo emocionante como pocos?





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



CURRINCHE: ACABAN DE HACERME UN DIS-
PARO EN LA CORONILLA

ALGÚN ASESINO OCULTO
QUE QUERRÁ ATENTAR
CONTRA SU VIDA



¡DON TURU! ¡QUÉ MODO DE SILBAR LAS
BALAS! ACABAN DE LEVANTARME
LA TAPADERA DE LOS SESOS

¡VALOR, CURRINCHE! YA VES COMO
ME HAN MATADO ANTES A MÍ Y NO
HE DICHO NI UNA PALABRA



ESE NIÑO QUE VIVE AHÍ ENFRENTA
HA SIDO, LO ACABO DE VER CON
UN TIRADOR DE GOMA EN LA MANO

DÉJEME PASAR
QUE ME LO VOY A
COMER CRUDO



NADA DE COMERSE CRUDO A NADIE
PORQUE LUEGO TENDRÍA YO QUE GAS-
TARME DOS MIL PESETAS EN AGUA DE
CARABANA, ES MEJOR QUE USEMOS
EL PROCEDIMIENTO DE LA MÁQUINA
FOTOGRAFICA



UN SERVIDOR NO CONOCÍA EL TRUQUE
DE LA MÁQUINA, PERO ES COLOSAL.
NOS VAMOS A REIR LA MAR EN CUAN-
TO VEAMOS A ESE CHICO

¡ALLÍ LO VEO,
CURRINCHE



¡SALUD, RESPETABLE VECINITO! NO
SABES LAS GANAS QUE TENIAMOS DE
ECHARTE LA VISTA ENCIMA PARA
RETRATARTE



¡QUIETO UN MOMENTO
QUE VAS A SALIR
MONISIMO!
¡A LA UNA!
¡A LAS DOS!
¡Y A LAS.....



¡Y A LAS TRES! ¡YA ES NUESTRO!



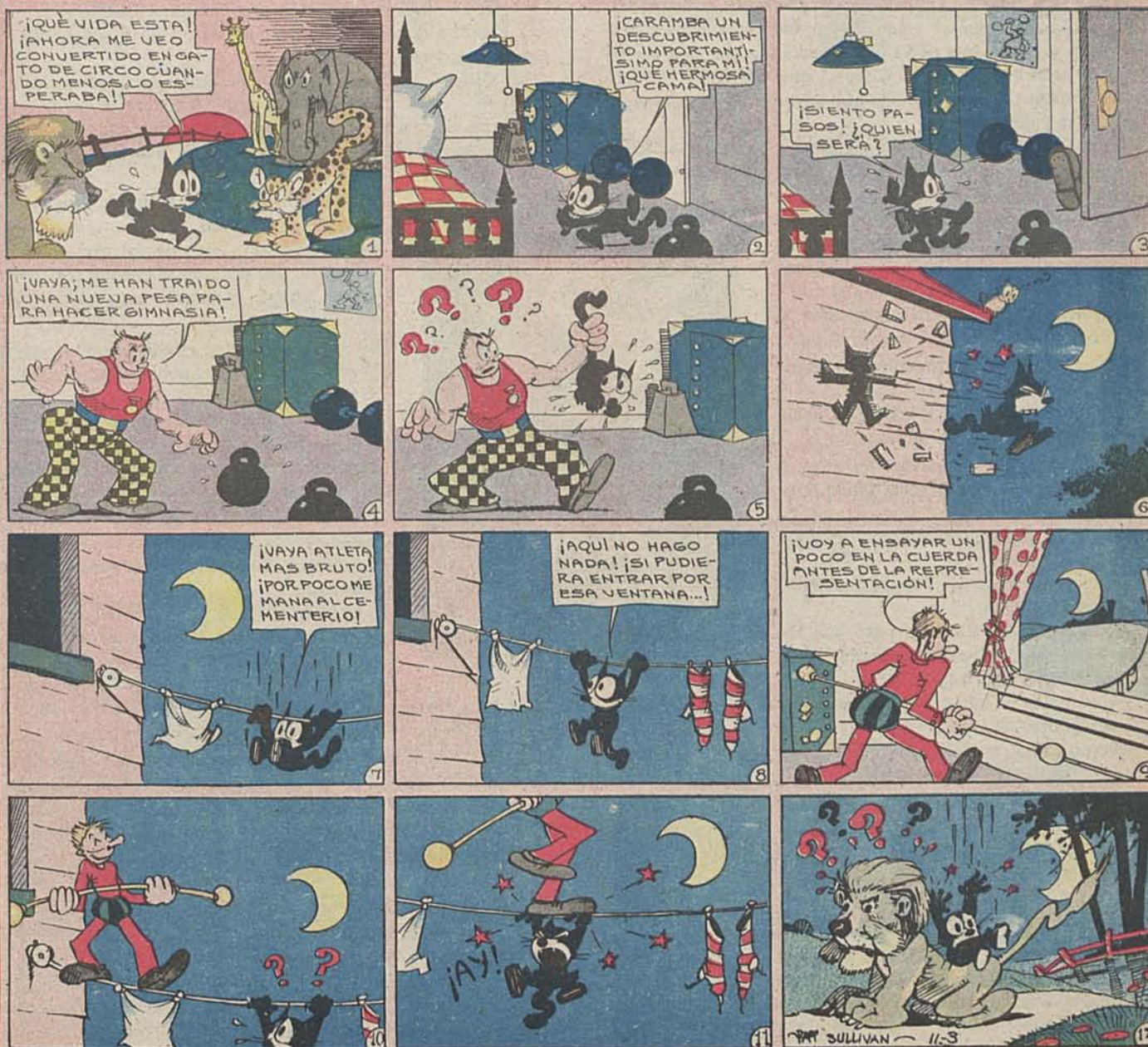
AHORA NOS LO LLEVAMOS A CASA Y ALLÍ
LE ENSEÑARÉ
EL CHICHÓN
QUE ME HA
HECHO
EN
LA
CORO-
NILLA



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

PILAR AZOGUE

Castillo



HABÍA en un lugar cierta muchacha revoltosa llamada Pilarcita, que nunca se estaba quieta. Por su travesura la llamaban Pilar Azogue. Amiga de las golosinas como pocas, siempre estaba comprando caramelos y pasteles, con el dinero que pedía a sus padres, a sus tíos y a los que a su casa iban de visita. Claro es que tal afición le costó más de una vez algunos días de cama, y buenas regañetas de sus padres y del médico.

Cierto día entró en el salón y encontró en él un caballero desconocido. Gastaba éste lentes ahumados, bigote fino y una larga perilla partida en dos. Las arqueadas cejas y una luz extraña que se veía a través de los lentes hubieran hecho temer a cualquiera que el tal caballero fuera el mismísimo diablo. Pilarcita Azogue no se intimidó, y, llegándose con gran desenfado al caballero, díjole:

—¿Quiere usted darme diez céntimos para dulces?

—¡Ya lo creo, hija mía! Todas las niñas como tú son mis amigas queridas.

Y sacó y le dió un bolsillo de seda, a través de cuyas mallas se veía relucir monedas de oro.

—Muchas gracias, caballero—exclamó la niña.

—Deja que te dé un beso, arrapiezo—dijo el desconocido.

—Y acercándose a la niña puso sus labios sobre aquella frente sonrosada.

Pilarcita dió un grito.

—Los labios de usted queman—exclamó—; pero, en fin, me ha regalado usted este bolsillo.

Aun no había concluido de decírselo, cuando el diablo, porque él era, desapareció de aquel sitio.

Con todo, como el beso no la dolía, fué a casa del pastelero y pidió medio kilo de pastas. Puso el dependiente la pesa en un platillo y comenzó a echar pastas en el otro, pero el peso no se movía.

—Esto debe estar mal—decía el pobre mozo echando pastas y más pastas en el platillo.

Ya no cabían, y, sin embargo, el peso no oscilaba. Viendo esto el mancebo comenzó a poner pesas y más pesas para averiguar lo que faltaba; mas, ¡oh prodigio!, estando sólo la de medio kilo en un lado, no bastaban a equilibrarla todas las pastas ni todas las pesas de la tienda.

Por último, el dependiente se colgó de la balanza sin conseguir que se moviera. Aterrado en vista de esto, comenzó el infeliz a dar gritos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?—preguntaba el pastelero.

Y el pobre dependiente, lleno de terror, no podía hablar y señalaba el peso.

Lo miró el pastelero, tratando de quitar la pesa de medio kilo; pero, en el momento, una mano invisible le cogió y le sentó en el platillo. Gritó el hombre aterrizado, gritó su mujer, y el dependiente, medio loco, salió a la calle pidiendo socorro.



Creyeron los vecinos que se tralaba de ladrones, y los más animosos penetraron en la tienda provistos de garrotes, encontrándose, con gran sorpresa suya, al pastelero sentado en el peso y gritando como un desesperado.

—Pero, hombre, ¿se ha vuelto usted loco? ¿Quiere usted convertirse en pesa? ¡Vaya, bájese de ahí!

A fuerza de tirones lograron quitarlo de aquel asiento, y, restablecida la calma, trataron de averiguar el origen de tan pesada broma.

Todos convinieron en que la niña que había venido por las pastas era un diablillo, al que había que escarmentar cuando volviéra.

Pero es el caso que, al poner de nuevo las pastas en sus cajas, salieron disparadas por el escaparate rompiendo el cristal, como si fueran balines. Tras las pastas

fueron los pasteles, el jamón, la butifarra, y en un momento el pobre pastelero se halló sin tener qué vender al público.

Cuando vió volar los salchichones, se agarró a uno de ellos, pero éste volaba con tal fuerza, que le subió en vilo y le sacó un buen trecho a la calle, hasta que el pastelero, dándose por vencido, soltó su presa, diciendo a los salchichones:

—¡Adiós, hijos míos! ¡Pobre del que os comal!

Y los chiquillos corrían que se las pelaban tras los dulces que salían de la casa del pastelero.

A todo esto, Pilarcita corrió a su casa y allí se escondió, porque la conciencia le decía que ella tenía la culpa de todo.

Aquella noche, cuando llegó la hora de la cena, sentóse a la mesa, y, siguiendo su costumbre, quiso coger aceitunas y salchichón sin permiso de su madre; pero las aceitunas comenzaron a bailar en el plato, y las rodajas de salchichón rodaron



por la mesa. La familia se asustó al ver aquella brujería y trató de averiguar la causa; pero sólo supieron que aquella noche nadie cenaba en casa, porque la sopa se había marchado al

techo, un pavo asado se levantó de la cazuela y comenzó a aletear, y, por fin, Pilarcita comenzó a echar fuego por la frente, precisamente por el sitio en que el diablo la besara.

—¡Ah, picaral!—gritaron todos—: tú eres la causa de esto. ¡Debes estar embrujada! Vete fuera de casa y no vuelvas más.

Pilar salió a la calle llorosa, pero se acordó del dinero que llevaba, y dijo:

—Con esto no me faltará qué comer.

Aquella noche la pasó al sereno, porque no la admitieron en ninguna posada, y a la mañana siguiente entró en una fonda. Toda la batería de cocina, los comestibles, los platos, los cubiertos y hasta los camareros comenzaron a bailar una danza terrible. Pilar salió corriendo de la fonda, y todo volvió a quedar tranquilo.

Lo mismo le pasó en todas partes; de modo que de nada le servía el dinero del diablo. De prouo vió a una mendiga, y su corazón se conmovió; sacó una moneda poniéndola en la mano de la pobre; pero ésta la tiró diciendo:

—Esto quema, este dinero está endemoniado.

Abandonada de todos, fué Pilar a casa de una mujer que había sido criada de su casa y la quería mucho. Entre sollozos le dijo la causa de sus desventuras.

—Lo sé todo, hija mía—dijo la pobre mujer—, y te diré el único remedio que tiene tu desgracia. Irás a un monte muy lejano que se llama del Arrepentimiento, y en él verás un ermitaño. Dile lo que te pasa, y él te aconsejará.

Hízolo así la niña, y partió sin demora para aquella montaña, a la cual llegó después de muchos días de fatiga, sin comer más que hierbas y durmiendo en el suelo, y vió una ermita, y a la puerta un ermitaño, anciano venerable.

—Tu aspecto — le dijo sin dejarla hablar — me anuncia que vienes arrepentida. Pues bien, arroja ese bolsillo que te

entregó el diablo; confíesate, haz penitencia, y serás perdonada. Confía en la misericordia de Dios.

—¿Y cuál será, Padre mío—preguntó—, la señal de que Dios me ha perdonado.

—Que desaparecerá de tu frente esa horrosa mancha con que te ha manchado Satanás.

Pilar no vaciló, y, sacando el bolsillo del diablo, lo tiró cuanto pudo. Sonó una

formidable detonación. La niña se reconcilió con el ermitaño, quien después la dijo:

—Estás perdonada; tu arrepentimiento ha llegado al Cielo.

Pilar dió un grito y despertó sobresaltada, pues todo lo que antecede era producto de la fantasía durante un sueño. Se encontraba en la cama, y a su alrededor estaba su familia muy inquieta oyendo al médico, que decía:

Pero, señores,

¿qué quieren ustedes que tenga esta niña sino una indigestión que le ha producido fiebre y un delirio horroroso?

—¡Mamá!, ¡mamá! — exclamó juntando las manos Pilarcita—: yo seré buena y no comeré más golosinas. ¿Ha vuelto ese hombre de los quevedos negros.

—No, hija mía; aquí no ha venido nadie.

—Mírame a la frente—dijo Pilar—y dime si tengo alguna señal.

—No, hija; no tienes nada.

—¿Y no me han besado ahora?

—He sido yo, hija mía.

—Bien, mamáta—dijo Pilar—con zalamería—: dame otro beso.

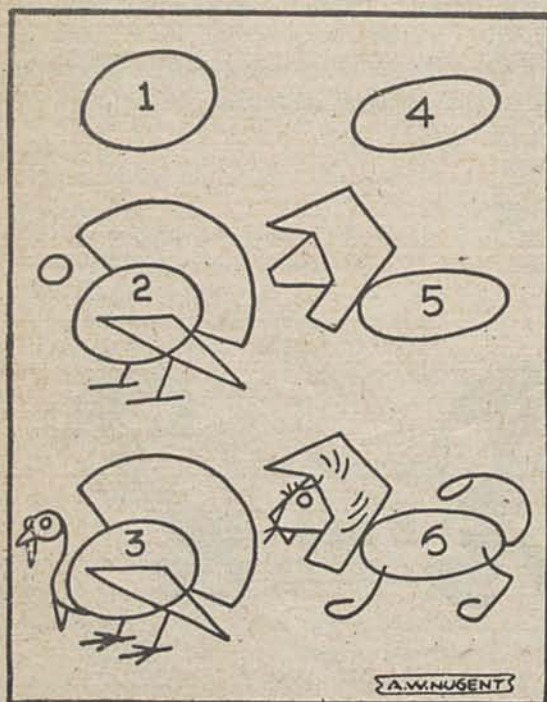
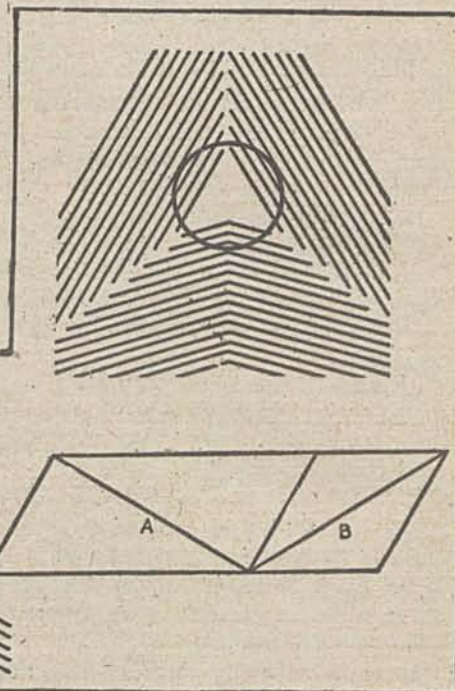
Besóla su mamá, y Pilar quedó dormida; y cuando se puso buena aborreció para siempre los dulces.





COSAS DE LA VIDA

En esta vida amigos míos, hay que andar con mucho ojo. Hoy, día de Carnaval y por lo tanto de illicio vamos a pasarnos la tarde junto al brasero. En la calle hace frío... ¡y está la lumbre tan buena! Para distraernos tenemos a la vista unas cuantas cosas. Veamos. Contemplad el dibujo que os presento a la derecha. ¿Verdad que la circunferencia parece hecha a trompicones? ¿No es cierto que el cuadrado parece un poco desigual y no hecho precisamente por las hábiles manos de un geómetra? Pues, bien, todo es ilusión, pura ilusión. Si os tomáis el trabajo de tomar un compás y lo pasáis por la circunferencia veréis que es perfectamente redonda. Igualmente con ayuda de una escuadra podéis comprobar que el cuadrado es perfecto. Por esto anteriormente os decía que en esta vida hay que andar con mucho ojo. Las apariencias engañan... ¡Qué rica está la lumbre! Traed castañas. Vamos a asarlas. Pero ¿qué decís? ¿Qué no os he hablado del tercer dibujo? Tenéis razón. Se me olvidaba. Miradlo con detenimiento. Con mucho detenimiento. Y decidme después qué línea es mayor; la línea A o la línea B. ¿Qué? ¿Vaciláis? No os molestéis. Son perfectamente iguales. Podéis comprobarlo. Yo no engaño a nadie. ¡Ya las castañas van estando doraditas...! ¡Buena tarde estamos pasando...! ¡Abajo el Carnaval! Eso no es divertirse. Nosotros sí que nos divertimos...



TODOS DIBUJANTES

Y vamos con la segunda clase de dibujo... ¡Id preparando los utensilios. Un lápiz, unas cuartillas de papel, una goma, es decir, la goma, no. Acostumbraros a no borrar, a dibujar de primera intención. Así se os formará un pulso enérgico y decidido y la mano obedecerá a vuestra voluntad. Entretanto que vosotros preparáis los materiales yo daré unas vueltecitas a las castañas. ¡Qué ricas nos van a saber! Pero ¿ya estáis aquí? Qué pronto habéis buscado todo. Así me gustan a mí los chicos... y las chicas, diligentes y decididos. Hoy vamos a dibujar dos animales muy simpáticos... El pavo y el león... ¡Mano al lápiz y a copiar el dibujo adjunto empezando por la figura número 1. ¿Eh? Tú, Pepito... No te toques el trigémino y no hagas el óvalo que servirá de tronco al pavo, tan torcido... ¡Ajajá! Así me gusta. Váis por buen camino... Dentro de poco Miguel-Angel a vuestro lado será un pipiolillo... De un momento a otro estarán las castañas... ¡Qué bien estamos pasando la tarde!

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un velero
Juan Trochut, 9 años



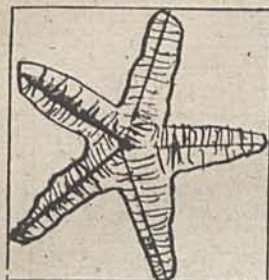
En las Pampas
Joaquinito Rucoba



La iglesia de mi pueblo
L. Riestra



Un mozo
Emilia Velázquez
13 años



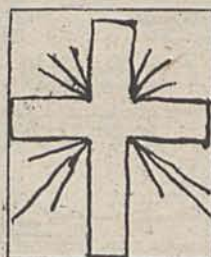
La estrella del mar
José M.ª Álvarez Cascos



Cabeza de corsario
Alberto Latorre



Interrogando a un caminante
Antonio Vigueira, 12 años



La cruz de Jesucristo
Angel Laborda



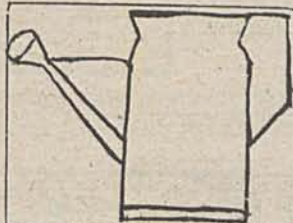
Un señor
Rosario Losada



Perfil
Guayabito G. Abalos



Una mora
Emilia Velázquez



La regadera de mi casa
Angel Laborda



Don Tura sin Currincho se
vuelve Turulato
Felipe Solm



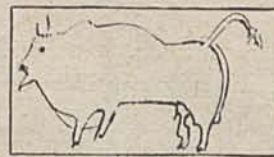
Mi perrito
Adolfo Bermudo



Mi cerdito
Antoñita Maqueda



El general Turulato
R. Terradas, 12 años



Pintura de la Cueva de Altamira
José M.ª Álvarez Cascos



Currinchi
Jose Losada



La pesca.—Rafael Díaz



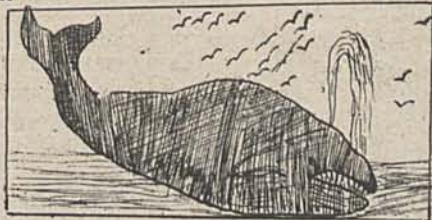
Escena triste
Angel Laborda, 9 años



Los Reyes Católicos
Félix Descalzo



Retrato
S. y Pinillos
9 años



Una ballena.—José Santos



Pinocho
José Losada



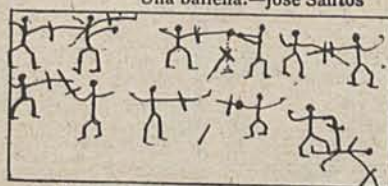
Mi tío
Jesús Orfila



Mi primo
José M.ª Piquer



«Silueta»
Amalia Villacampa



Varios duelos.—Félix Vicente



El porta-aviones Eagle
Juanito de la Serna, 7 años



El ferrocarril de Pinocho.—

Salvador Pérez Rivas

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA RANA INTELECTUAL



La preocupación de la rana la motivan las letras que tiene atadas con un hilito. Quiere colocarlas por grupos de dos letras (E y B, S y N, F y P, D y A) en los cuadritos que tiene encima de forma que ni horizontal ni verticalmente resulte repetido ningún grupo y de que diagonalmente de derecha a izquierda, coincidan en cada diagonal el mismo grupo de letras. ¿Está claro?

Si sois aficionados a las aventuras trazar líneas de número a número, siguiendo el orden correspondiente y viviréis una aventura marítima formidable.

UNA AVENTURA



EL PERRO EN EL BOSQUE

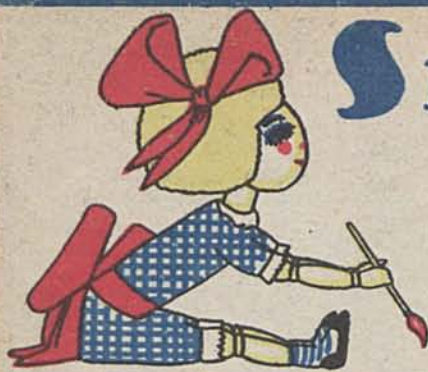


Extraviado en lo más hondo de un negro bosque gemía un perro. Daba quejas al cielo por su mala fortuna al perderse en tan desamparado lugar cuando, por dicha, acertaron a pasar por los alrededores tres vacas, un cerdo y un caballo, que al oír las voces dolorosas del extraviado detuviéronse en su marcha (Iban a Liverpool). Pero ¿es que no véis a los viajeros en cuestión? Pues a buscarlos, sin pérdida de tiempo. No faltaría más.

ANITA BUEN- CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune



SECCIÓN PIRULA

PIRULA
MODISTA CARNAVALERA

BAILE DE FLORES

Os prometí el domingo último que me pasaría la semana pensando en

vuestros disfraces de carnaval y he cumplido mi promesa; la palabra de una muñeca es sagrada.

No vayáis a creer que os he descubierto un disfraz completamente nuevo, un disfraz que nadie haya llevado jamás, porque eso no es capaz de inventarlo... ¡ni Pirula!

Charra? maja? Colombina? japonesa? diablesa? gallega? bretona? holandesa? andaluza? gitana? infanta velazqueña? Damita romántica del siglo pasado? oriental?

Nada, nada, no lo penséis más; todo eso es vulgar, lo único que puede resultar algo original no es un disfraz es... un conjunto de disfraces.

Porque si os disfrazáis es sin duda para acudir a alguna fiesta, o para darla, en vuestra casa, a vuestras amiguitas; pues bien, yo os aconsejo que esta fiesta, este baile de trajes, sea de conjunto; es decir que todas las «señoras» invitadas vistan igual, vistiendo todas diferentes.

Por ejemplo: puede ser un baile de calles; tendríamos entonces la calle de la Montera (traje de torera), la de la Independencia (vestido del tiempo de Napoleón, o sea de las guerras de nuestra independencia), la calle de Sevilla (de andaluza), la de Toledo (traje de la provincia toledana), plaza de Oriente (de odalisca), paseo de la Castellana (dama de la Edad Media); y si se tratase de representar la calle de Peligros, nada más indicado que un traje de automovilista.

O baile de cuentos: en él saldrían a relucir la Caperucita encarnada, el Pulgarcito, la Cenicienta, la Bella durmiente, Pinocho, Chapete, y todas sus heroínas que son la princesa Redondita, la simpática negrita Tokoroko, la duice Rosaluz, la reina Comino, etcetera... etcetera...

O baile de animales, que resultaría doblemente divertido si al ir a bailar,

cada uno lanzase «su» grito esto le sería facilísimo al perro, al gato, al borriquito, al canario, a la gallina; pero ¿cual sería el grito del besugo, de la merluza, de la mariposa o de la hormiga? El traje de la avispa y del lagarto resultarían preciosos, ciertamente, pero ¿y el de la ballena, el elefante o la pulga?

Total, lo que prefiero y os aconsejo es un baile de flores.

Un disfraz de flor no es de los más originales; se han visto muchas veces una rosa o una amapola; pero no me negaréis que ofrecería un efecto magnífico una fiesta en que apareciesen convertidas en flores todas las niñas.

Todas las niñas y todos los niños, pues es de suponer que también tomarán parte los hermanos de mis Pirulindas, a los que no llamaré «Pirulindos» porque un chico no tiene necesidad de ser lindo; con ser «pirulos» o «piruleros» tienen bastante.

Os presento algunos modelos, fáciles de realizar. El pensamiento puede hacerse en morado o amarillo, con el caliz, o sea el gorro (un gorro parecido al de Pierrot), negro.



La capuchina vestirá de color marrón y tendrá los pies desnudos en unas sandalias de paja, cual humilde fraile capuchino.

El junquillo será amarillo, con el gorro, o caliz, verde o negro.

Blanca, la margarita con el gorro hecho de microscópicas florecillas amarillas; porque ese gorro es su corazón que lleva en la cabeza. (Esto puede parecer raro, pero en Carnaval todo pasa).

La rosa tiene la falda y el sombrero de tafetán rosa y el cuerpo o sea el caliz, verde.

La flor del guisante será de raso verde con cuatro enormes boroques del mismo color, pero de terciopelo.

Y el clavel tendrá los pétalos, o sea la falda, de teso organdí rojo, y el cuerpo y el gorro, negros o verdes.

Todos estos disfraces—y muchos más que no tengo sitio para presentaros tales como la violeta, la azucena, el miosotis o la amapola—pueden hacerse en papel y tarlatana; el precio sería mucho más económico y el efecto no menos gracioso.

Entonces convendría que fuesen de papel todos, y no algunos que desmerecerían quizá al lado de los de tela.

Pero ahora calgo en un grave inconveniente; y es que si mis Pirulindas se disfrazan de flores... no van a parecer disfrazadas.

